

LA DESINSERCIÓN SOCIO-LABORAL: UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

Introducción: la exclusión social contemporánea

Quisiera empezar mi intervención haciendo referencia a un libro de Zygmunt Bauman. Al final de *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* el autor propone una reflexión sobre la dialéctica de la inclusión y exclusión sociales. Se trata de una distinción que para mí tiene el valor de un apólogo: ilustra un cambio de paradigma socio-político; un cambio de época.

Se trata de Gran Hermano. El Gran Hermano descrito por Orwell en *1984* era el espíritu que presidía las fábricas *fordistas*, los cuarteles u otros panópticos. Su deseo y su función eran mantener a nuestros antepasados en el interior de la estructura, reintroducir la oveja en el rebaño, someter al rebelde a la regla. Su preocupación era la uniformización, la inclusión, la integración.

Por otro lado tenemos el show televisivo de Gran Hermano. El mensaje que éste nos transmite es otro: se trata de que nadie, exceptuando algunos ganadores solitarios, es indispensable. Que un ser humano sólo es útil a condición de poder ser explotado en beneficio de los demás (incluso del goce de los demás). Que la basura, destino último de los excluidos, es la perspectiva natural de aquellos para los que ya no hay lugar. Su preocupación y su deseo son pues la exclusión, la eyección, la expulsión definitiva de los que sobran.

Este pequeño apólogo es, en sí mismo, esclarecedor de una problemática social. Pero tiene además un interés suplementario, y es que ilustra también dos épocas diferentes que caracterizan la evolución del psicoanálisis.

En efecto, los principios morales que rigen la época en la que Freud concibe el psicoanálisis se autorizan de la religión e imponen fundamentalmente abstinencia y represión sexual. El diagnóstico de Freud es *neurosis generalizada* y su grito de guerra la liberación sexual: romper las ataduras de la represión impuesta por el amo; reconciliar al sujeto con su tendencia a la satisfacción sexual.

Mucho más tarde, en 1967, Jacques Lacan, continuador de Freud, vaticina lo siguiente: “Nuestro futuro de mercados comunes encontrará su balanza en una extensión cada vez más dura de los procesos de segregación”.

Cuarenta años después, en esas estamos.

La pregunta es si en esta coyuntura el modo de operar debe seguir apuntando a la reconciliación del sujeto con su propia tendencia a la satisfacción. Me aventuro a responder que sí. Trataré de mostrar más tarde cómo.

En un artículo titulado *Las trampas de la exclusión* -del cual voy a retomar algunas ideas-, Robert Castel nos recuerda que desinserción y exclusión son hoy términos que designan el destino de toda una gama de sujetos afectados por la fractura social que caracteriza al mundo globalizado actual. Para que sean nociones analíticas y operativas, hay que considerar que la desinserción y la exclusión designan un proceso o, si no, un estado resultado de una trayectoria. En todo caso, en lo que tiene de específicamente contemporáneo, se trata de un fenómeno que está ligado a lo que algunos sociólogos vienen llamando *nueva pobreza*: se trata menos de una pobreza residual e intemporal que de una situación que traduce una degradación con respecto a una situación anterior.

En efecto, a menudo el desinsertado o excluido es un *desafiliado* cuya trayectoria está hecha de una serie de desenganches con respecto a estados de equilibrio anteriores más o menos estables. Esto quiere decir que, si bien sigue habiendo individuos *in* y *out*, frecuentemente habitan el mismo universo.

Hay pues un *continuum* de posiciones que ligan los *in* y los *out*. Se trata entonces de dotarnos de los instrumentos que nos permitan reconstruir la lógica a partir de la cual los *in* devienen *out*; y esto tanto desde un punto de vista sociológico, como individual e incluso psicoanalítico, como trataré de mostrar después.

Bien, a partir de los 80 en el ámbito de lo social y lo político se produce la emergencia de un doble discurso. Uno rehabilita la empresa, vocifera los méritos de la competitividad y la eficacia a cualquier precio. El otro se inclina hacia, se preocupa por la suerte de los excluidos y afirma la necesidad de tratarlos con benevolencia. Pero en general este discurso sobre la exclusión se presenta como un suplemento caritativo de un alma volcada en la hegemonía de las leyes económicas y los *diktats* del capital financiero.

En la práctica esto se traduce en que las políticas sociales puestas en práctica por este tipo de discurso se aplican a situaciones ya degradadas y renuncian a intervenir mediante el modo preventivo. La consecuencia es la implementación de una gama de políticas que hacen las veces de DYA social: políticas de supervivencia que perennizan la precariedad que pretenden erradicar. El ejemplo más claro es la asignación por parte del

estado francés del RMI (renta mínima de inserción), que produce sujetos que podríamos llamar *sin techo pero con bocata*, pero, sobre todo, sin destino.

Tradicionalmente, las políticas de ayuda social se desplegaban a partir de una caracterización de *poblaciones blanco* concebidas a partir de un déficit preciso: inválidos, discapacitados, niños con problemas, familias monoparentales, etc.

La diferencia es que hoy, la mayor parte de la población afectada por la exclusión o la desinserción, no son inválidos, deficientes o casos sociales. No. Han sido invalidados por la coyuntura. Es la transformación reciente de las reglas del juego social y económico la que los ha marginalizado. No se trata entonces de llevar a cabo una intervención especializada para reparar o curar una incapacidad personal, a menos que pretendamos que el conjunto de los jóvenes con dificultades de integración sean delincuentes o enfermos.

Se trata más bien de lo que J. Donzelot llama *normales inútiles* o R. Castel *supernumerarios*. Su drama consiste en que, como consecuencia de las nuevas exigencias de la competitividad, las oportunidades de empleo se reducen y entonces ya no hay sitio para todos.

Pero afrontar esta coyuntura para cambiarla exigiría mediadas de otro calado que aquellas que inspiran el tratamiento social del paro o la inserción de poblaciones ya invalidadas por la situación económica y social. A menudo las medidas tomadas intervienen sobre los efectos más visibles del disfuncionamiento social, cuando lo realmente serio y útil sería controlar los procesos que lo desencadena.

Tratar los efectos se puede hacer de un modo **técnico**, mientras que elucidar y controlar el proceso requiere un tratamiento **político**.

Como trataré de mostrar más adelante, el psicoanálisis tiene algo que aportar al debate de esta problemática. La especificidad de su aportación consiste en que ésta se hace de modo individual, caso por caso. Es lo que caracteriza la política del psicoanálisis, que propongo denominar **política del síntoma**, uno por uno.

El funcionamiento de la Misión Local. Modalidades de acogida

En la intervención que realicé en julio describí las Misiones Locales desde un punto de vista formal y jurídico. No retomaré pues esa parte y entraré de lleno en su modo de funcionamiento.

La figura profesional de referencia en la ML es el llamado *consejero de inserción social y profesional*. Desde un punto de vista jurídico tiene un perfil difuso, pues no hay organismo de formación profesional que lo

prepare al ejercicio de sus funciones, es decir, no existe un título de consejero de inserción social y profesional.

Como quiera que sea, su función consiste en llevar a cabo la misión que enuncian los estatutos de la estructura, a saber: *Ayudar a los jóvenes de 16 a 25 años a resolver el conjunto de problemas que plantea su inserción profesional y social garantizando las funciones de acogida, información, orientación y acompañamiento.*

En la práctica se trata del interlocutor principal del joven, y como tal el que hace las veces de interventor y trabajador social y consejero de empleo.

Cuando un joven llega a la ML para inscribirse es recibido por un consejero que lo acoge y lo escucha. En función de la particularidad de su situación y del criterio del consejero, al sujeto se le propondrá una determinada modalidad de seguimiento.

Hay cuatro modalidades de seguimiento más el dispositivo llamado PEJ (punto de escucha para jóvenes), que ofrece la posibilidad de consultar un psicólogo. Voy a explicar primero la función y la dinámica de las cuatro primeras. A continuación describiré el PEJ y su articulación (o su ausencia) con las otras, para lo cual recurriré a alguna situación concreta que ilustre *in vivo* el recorrido de los jóvenes.

Modalidades de acogida en grupo

Espacio de información y orientación

Se trata de la modalidad más heterogénea de acogida, así como la más inmediatamente accesible.

Consiste en un grupo de 12-16 jóvenes que se han inscrito en la ML con una demanda relativa a la formación. Los encuentros se realizan dos veces por semana.

Los objetivos de este espacio son:

- Presentar la ML, sus actividades y sus servicios
- Poder orientar rápidamente a los que no reclaman entrevistas individuales
- Reducir la lista de espera acogiendo inmediatamente al público
- Ayudar a los jóvenes a formular coherentemente sus demandas
- Informar sobre proyectos de formación y tipos de empleo
- Tratar una demanda en directo, cuando el proyecto es conciso y ya ha sido elaborado por el joven
- Permitir y fomentar intercambios y vínculos entre los jóvenes
- Funcionar como un preliminar al seguimiento personalizado

Taller permanente de búsqueda de empleo

Son grupos de unos 10 miembros que se reúnen dos veces por semana y cuyo objetivo es orientar y guiar a los jóvenes que tienen un proyecto profesional en la búsqueda de un empleo. Sus objetivos:

- Seguimiento, orientación y ayuda para la elaboración de los dos sacrosantos instrumentos de la búsqueda de empleo: carta de candidatura y CV.
- Puesta en relación con las ofertas de empleo de la ANPE (INEM).
- Ayuda y guía para la consulta de ofertas de empleo en periódicos y servidores de internet.
- Orientación hacia propuestas de contrataciones en alternancia ofrecidos por centros prestatarios de formación.

Talleres de descubrimiento de profesiones

Se trata de una prestación reforzada de orientación profesional cuyo objetivo no es que el joven encuentre un empleo o una formación sino ayudarlo a construir su proyecto profesional.

Mediante la instauración de un diálogo con el joven, se intenta acompañarlo en la formulación de sus deseos, intereses y aptitudes de modo que pueda ir elaborando un proyecto que le convenga y corresponda.

En el desarrollo de estos talleres se intenta evitar que el joven, a veces obnubilado por la urgencia o la angustia de su situación, acepte cualquier empleo para salir del paso. Para ello se ayuda al joven a ampliar el abanico de elecciones posibles y se trata de contrarrestar la tendencia a la estereotipia de las mismas.

Una vez que el joven va formulando su proyecto, a la dinámica del taller se le supone fomentar la sedimentación y consolidación del mismo. Que el proyecto se convierta en familiar para el propio sujeto, y que éste pueda adquirir los gestos y la retórica que le permitirán desplegarlo con aplomo y pertinencia en una eventual entrevista de trabajo. De alguna manera, se busca que el joven salga del taller convenientemente formateado y con las máximas garantías para poder afrontar exitosamente una entrevista.

Modalidades de acogida o seguimiento individuales

El acompañamiento específico

Es un programa de acompañamiento personalizado dirigido a jóvenes que tienen dificultades particulares de inserción profesional.

A partir de la adopción de la ley Borloo 2005 para la cohesión social el acompañamiento específico toma la forma del *CIVIS*: contrato de inserción en la vida social, cuyo objetivo es establecer y organizar las acciones necesarias a la realización del proyecto de inserción del joven en un empleo duradero.

El contrato tiene validez de un año renovable una vez y sus beneficiarios son acompañados por un referente.

Durante el período de vigencia del contrato el sujeto puede beneficiarse de un apoyo económico del Estado en forma de un subsidio máximo de 300 euros al mes. Asimismo el contrato garantiza la afiliación a la Seguridad Social del joven.

Los jóvenes destinatarios del *CIVIS* son aquellos cuyo nivel académico es menor al equivalente de selectividad o aquellos que han estado inscritos como demandantes de empleo durante al menos 12 meses en los últimos 18.

El acompañamiento apunta a reducir los obstáculos a la contratación y a desarrollar o restaurar la autonomía de los jóvenes en el recorrido de su inserción. Puede implicar medidas de orientación, cualificación y adquisición de experiencia profesional.

Los tres primeros meses del desarrollo del *CIVIS*, en los que al joven se le proponen encuentros semanales con su referente, deben desembocar en la construcción de un recorrido de acceso a la vida activa a partir de propuestas de empleo o de formación profesionalizante.

Se trata de un contrato cuyas partes firmantes son, por un lado la ML en el nombre del Estado, y por otro el joven. En él se estipulan las acciones destinadas a realizar el proyecto y la obligación del joven de participar.

PEJ: punto escucha joven

La mayoría de ML cuentan con un psicólogo que anima un PEJ. La función que se asigna al psicólogo en una ML es complicada y comprometida: a *grosso modo* se trata de que se inscriba en la serie de los profesionales sociales y que trabaje al servicio de la misma causa: la inserción del joven. Su especificidad consistiría en que, en lugar de eliminar los obstáculos objetivables que impiden la inserción, él debe ocuparse de los no objetivables: los *subjetivos, mentales o psíquicos*,

aspectos que hacen que la actitud o la aptitud del joven no sean las requeridas.

Si el sujeto es juzgado responsable de los obstáculos que impiden su inserción, al psicólogo se le encomienda la misión de lograr que el sujeto cambie de actitud.

Si el sujeto no es juzgado responsable pero se considera que hay en su mente procesos o dinámicas obscuras (traumas, etc.) que entorpecen su aptitud, se trata de que el psicólogo las elimine.

En los dos casos, en el fondo de esta concepción de *lo mental*, nos encontramos con el modo reductor y caricatural con el que la civilización actual se lo representa: el comportamiento, en cuanto que éste expresa por una lado la *voluntad* del sujeto y por otro el *rendimiento*.

Por supuesto, la voluntad del sujeto ha de consistir en buscar el máximo rendimiento. Es el imperativo de la civilización contemporánea que la panoplia de instituciones del sistema se dedica a insertar en cada sujeto.

Evidentemente, el proceso no es sin escollos.

Notas psicoanalíticas sobre la inserción

Para Freud, el vínculo social es inter-individual. El sujeto humano llega al mundo y se encuentra desvalido, incompleto, y tiende por ello a volcarse hacia sus semejantes para, a través de ellos, buscar la satisfacción de sus necesidades y sus deseos: sexuales, de amor, de reconocimiento, etc. Los otros seres humanos son entonces, para el sujeto, sus posibles compañeros, *partenaires*, incluso complementos vitales; aquellos con los que el sujeto juega su partida.

Pero J. Lacan nos enseña que el sujeto humano cuenta con otro *partenaire* o compañero vital: el lenguaje, las palabras, que constituyen al sujeto como ser hablante. En este sentido, y a un nivel elemental, para Lacan el vínculo social, antes que ser un vínculo inter-individual, es un vínculo inter-significantes o inter-palabras.

Entonces, para poder y querer relacionarse con las demás personas, el sujeto tiene primero que poder y querer relacionarse con las palabras o los significantes.

Lacan produce a este respecto la categoría de Otro. El Otro, *partenaire* primordial del sujeto, engloba a la vez a los otros semejantes y al lenguaje, fuente al mismo tiempo de satisfacciones y de significaciones: en el Otro puedo encontrar los objetos de mi satisfacción y las significaciones de mi existencia.

Cuando este postulado se cumple podemos decir que hay una solidaridad estructural entre la realidad social y la realidad psíquica: si el

sujeto acepta *llevarse bien* con el lenguaje que lo constituye, *insertarse* en el lenguaje que lo constituye, entonces podrá llevarse bien con, insertarse en la realidad social que lo constituye.

La herramienta de trabajo del psicoanálisis es el lenguaje.

Decía antes que el lenguaje constituye al sujeto como ser hablante.

También decía que el lenguaje es una de las declinaciones del Otro.

Decía en fin que en el Otro el sujeto va a buscar las significaciones de su existencia.

La deducción lógica de estos postulados es que el sujeto es él mismo el depositario de muchas de las verdades o significaciones de su existencia. Pero para conocerlas necesita del lenguaje. **Hablar a otro para conocer su propia verdad**, lo que Lacan enuncia así: “el emisor recibe del receptor su propio mensaje de forma invertida”.

Entonces, una conexión, por parte del sujeto, al saber contenido en su propio inconsciente, o en su propio discurso, o en su propio lenguaje interior, se traduce directamente en una conexión al discurso del Otro o discurso social.

El psicoanálisis, el discurso psicoanalítico, es entonces una modalidad de vínculo social.

El problema es que existe toda una serie de sujetos para quienes estas premisas no se cumplen. Hay sujetos para quienes –por múltiples razones- la relación al Otro está rota. Hay sujetos que no parten de esta premisa según la cual el Otro alberga en su seno los objetos de satisfacción y las significaciones existenciales del sujeto.

La consecuencia de que su relación al Otro esté rota es que, para ellos, lo que surge como Otro, lo hace en oposición a ellos. El Otro es aquí lo que se opone al sujeto. El sujeto se vive aquí como juguete del Otro. En lugar de ir a buscar sus objetos en el Otro aquí es el sujeto el que se vive como objeto del Otro.

Entonces, en la interlocución con este tipo de sujetos, en lugar de apelar al Otro, en lugar de hacerlo existir, se trata de lo contrario: hacer inconsistir, inexistir el Otro.

Esto quiere decir que, en la interlocución con este tipo de sujetos, no hay que encarnar el Otro, no hay que ponerse del lado del Otro sino del lado del sujeto.

Para que un vínculo social sea posible con un sujeto así hay que aprender a hablar su lengua, es decir, hacerse el compañero de la reconstrucción o del anudamiento que el sujeto opera con la palabra, aunque sea precario. Estar atento a lo que el sujeto pueda inventar –o haya

inventado- para ver cómo se puede aplicar en su búsqueda de un lugar en el mundo.

Las competencias de Charles

Charles tiene 26 años cuando me lo derivan. Diplomado en ingeniería técnica a los 22, nunca ha podido encontrar *un empleo duradero*. Viene a verme porque tiene una dificultad para conservar los empleos que consigue. Siempre le pasa lo mismo: cuando en el trabajo ha de dar cuenta del resultado de sus tareas ante sus colegas y superiores *duda, balbucea, no puede*. Considera que *le falta confianza en sí mismo y capacidad para imponerse, no logra hacer que sus competencias sean reconocidas, tiene una actitud complaciente y es demasiado sensible al juicio de los demás*.

No obstante, Charles considera que hace bien su trabajo, pero por alguna razón no puede dar cuenta de él y acaba siendo despedido o marchándose angustiado. De este modo, dice *estar echando a perder su carrera profesional*.

Con 26 años, deberá abandonar la ML en unos meses por límite de edad y su situación profesional sigue siendo incierta. Su recorrido en la ML le ha permitido concretar su proyecto y definir sus competencias pero no consigue conservar sus empleos. No entiende lo que le pasa y quiere que le ayude, pues ha llegado a la conclusión de que *hay algo psicológico en su falta de autoconfianza*.

Cuando terminó su formación Charles encontró un empleo en una industria textil. Un puesto comercial que desempeñó con eficacia durante un año, después del cual se le presentó la posibilidad de optar a un ascenso importante. Entonces ocurre lo siguiente: Charles se había hecho amigo de uno de sus superiores inmediatos del departamento comercial. Me precisa que se entendían muy bien y se parecían en muchos aspectos. Pero resulta que ante la perspectiva del ascenso que se le presentaba, Charles se enteró de que su amigo también presentaría su candidatura. La situación de rivalidad le resultó intrusiva e insoportable y abandonó inmediatamente la escena, *decepcionado*.

Poco después Charles entabló relación con un empresario que le propuso contratarlo en su fábrica de piensos. Trabajó para este hombre unos cuantos meses pero pronto empezó a haber problemas: Charles trabajaba a destajo pero el patrón no hacía nada y además no reconocía su trabajo. *Se dedicaba a divertirse y a ningunearme. No reconocía mi trabajo. Era un autócrata y perdí la confianza en él*. Una vez más Charles es decepcionado por su patrón y abandona el trabajo.

Extraviado, Charles se inscribe en la ML de Poissy en el 2007 y pronto integra el Taller de descubrimiento de profesiones con la idea de redefinir

su proyecto. En ese marco se apunta al programa de *chequeo de competencias*, que es una especie de cuestionario personalizado que se propone a algunos jóvenes para ayudarles a definir sus competencias profesionales. Los resultados del mismo resaltan dos competencias fundamentales en Charles: *organización de actividades* y *detección de perfiles profesionales o selección de candidatos*.

Aplicado y pertinaz, Charles encuentra un empleo en una empresa de marketing: su tarea será realizar una selección previa de candidatos que luego dirigirá a su superior para que éste diga la última palabra acerca de su contratación. Todo empieza bien: Charles caza buenos candidatos y los envía al director del departamento. Pero la situación no tarda en degradarse una vez más. El director del departamento no le renueva el contrato, pues Charles no es capaz de afrontar las discrepancias que surgen en las reuniones con el equipo. De nuevo, Charles me hablará del carácter autocrático del director, que no reconocía sus competencias, sólo pensaba en sí mismo y en ascender. Un personaje en quien no se podía confiar, concluirá desconcertado.

Ante la repetición de semejante situación, el consejero socio-profesional le dice a Charles que el trabajo de definición de competencias ya está hecho, pero que le falta ser capaz de *defenderlas e imponerlas*, para lo cual tiene que trabajar la cuestión de *la confianza en sí mismo*. Ese trabajo, añade, no podrá realizarlo con él, pero tal vez le sería útil ir a consultar al psicólogo...

En efecto, en cuanto Charles empezó a venir a verme, me di cuenta que la confianza era un problema fundamental para él. Sin embargo no se trataba de que él mismo careciera de autoconfianza, sino más bien de que el Otro, cuando se presentaba en la forma de patrón, se convertía inmediatamente en sospechoso de albergar intenciones poco simpáticas para con Charles. Ese era el postulado inamovible que dificultaba su inserción profesional.

De asuntos como ese conversábamos cuando una contingencia providencial se produjo para Charles: la posibilidad de ser contratado por una agencia de contratación de ingenieros. El puesto consistía en cazar perfiles de ingenieros a través de servidores de internet y proponer su candidatura a la agencia contratadora en cuestión. Me permití darle a Charles mi franca opinión: el puesto estaba hecho para él: *ingeniero*, especialista en *selección de personal*. Añadí que la particularidad del puesto le permitiría trabajar en su casa. De ese modo podría *organizar sus actividades* y *ser su propio patrón*.

Charles lleva tres meses trabajando para la agencia en cuestión y ha borrado su inscripción a la ML.

Creo que este caso ilustra bien lo formulado más arriba, a saber la situación de aquellos sujetos para quienes el Otro surge en su oposición.

Simplemente me di cuenta de eso y tuve la suerte de que se presentó una oportunidad para el sujeto de prescindir de ese Otro: *ser su propio patrón*.

Por lo demás, tuve cuidado en caracterizar el empleo en cuestión con los significantes con los que él mismo se representaba: ingeniero, selección de candidatos y organización de actividades

Carole, una armadura

Carole, 25 años, viene a verme en un estado de angustia extrema. No logra encontrar trabajo en el área en el que ya tiene un recorrido: sastre en el mundo del espectáculo y del arte. Se angustia enormemente en las entrevistas de trabajo, sobre todo cuando es un hombre el que se las hace.

No entiende que esto le suceda ahora, cuando su situación personal ha mejorado después de un recorrido subjetivo complicado.

Carole ha sido obesa, pesada 120 kg. Hasta el año pasado, que decidió hacerse un by-pass gástrico. La cosa salió muy bien, dice entusiasmada, logró perder varias decenas de kg.

Cansada de su vida en Francia y feliz con la transformación de su cuerpo, Carole decide tomarse un año sabático para viajar y encontrar una nueva orientación a su vida, cambiar de profesión. Pero al llegar a destino las cosas toman un cariz inesperado. Una angustia brutal la asalta, Carole siente temblores en todo el cuerpo y es el objeto de crisis de angustia que ella nombra *panic-attack*.

El fenómeno concierne la mirada de los hombres. Carole se siente permanentemente auscultada por miradas obscenas, me describe un verdadero acoso de la mirada masculina sobre su cuerpo.

El viaje se vuelve una pesadilla, Carole está paralizada y decide volver a Francia. Pero una vez aquí, Carole constata confusa que la angustia no cede. Está muy mal y ni siquiera logra llevar a cabo los trámites necesarios para encontrar un trabajo, a pesar de su currículum muy completo. Hace unos meses que cobra el RMI (renta básica de inserción). Ha contactado a todas las personas para las que había trabajado anteriormente, pero la “mandan a paseo”.

Por primera vez Carole se siente invadida por la angustia y no logra encontrar trabajo. No entiende nada. Yo tampoco.

Sin que yo intervenga especialmente, Carole retraza conmigo algunos elementos de su pasado. “Cuando era obesa, me encerré en mí misma”. “Pero obesa y sastre no pega, no tenía ninguna credibilidad. La gente creía

que yo estaba mal y yo tenía que demostrar que no era así”. “Antes era guapa, me sacaban fotos. Me hice una **armadura** a los 20, cuando me volví obesa”.

A medida que conversamos, su discurso converge en el padre, un hombre calificado de “sádico” que golpeaba y humillaba a sus hijos. En el período de su adolescencia el padre empieza a abusar de Carole. Le realiza tocamientos sin penetración. Esto duró varios años.

Le pregunto qué pasó a los 20, cuando se volvió obesa. Responde usando el mismo significante: “la armadura a los veinte años es una protección. Tenía que esconderme, no quería ser mirada como mi padre lo hacía. Con la armadura de mi obesidad yo me sentía protegida de la mirada de los hombres, que no se acercaban. Durante toda esa época no tuve ninguna relación sentimental. Ahora ya no quiero estar sola, quisiera un hombre en mi vida”.

Entonces le digo a Carole que, si retomamos lo que acaba de decir, podemos deducir que la angustia que la asaltó hasta casi desconectarla del mundo humano apareció en el momento en el que ella perdió su armadura.

Sacudida, Carole abre unos ojos como platos. “Nunca lo había pensado. Me fui de viaje poco después del by-pass, tras haber perdido unos 50kg. Sin la armadura me encontré sin la protección que había creado para mantener a distancia aquello que, en los hombres, evoca la mirada de mi padre. Es increíble, nunca lo había visto así!”. Su cara se ilumina, Carole sonrío por primera vez.

Vuelvo a ver a Carole un mes más tarde aproximadamente. Ha vuelto a contactar a una jefa sastre para quien ya había trabajado. Está feliz, va a trabajar este invierno en dos espectáculos de época.

Habiéndome dado cuenta de que la cuestión de *vestir los cuerpos*, ya sea el suyo o el de los demás, tenía para Carole una función subjetiva esencial (procurarles la armadura que los protege de la mirada obscena del Otro), le digo que está muy bien que haya apostado por reintegrar su medio profesional. Sastre es una profesión que la apasiona y le conviene perfectamente.

Añado que nuestras entrevistas nos han permitido comprender que parece fundamental que ella pueda inventar alguna cosa que le permita protegerse de ese insoportable que ella describe con tanta precisión. Algo que cumpla la misma función que antes cumplía la armadura.

Es fácil comprobar que lo único que hice con Carole fue escuchar atentamente y localizar en su discurso la solución que ella había encontrado y que le había permitido inventarse un modo de integrar el vínculo social: la armadura que evitaba la mirada obscena y persecutoria de los hombres. Una pequeña invención nombrada a través de un significante: un síntoma que le permite hacer vínculo social

Laetitia, la desdeñosa

Hace unos meses una consejera de la ML me orienta a Laetitia añadiendo que si continúa con su actitud negativa se verá obligada a *romper el contrato CIVIS* en el que la joven se comprometió a principios del año escolar.

Laetitia abandonó el sistema educativo ordinario el año pasado. No podía soportarlo. En septiembre se inscribe en una formación profesional de secretariado. En febrero se anota a la ML para pedir orientación, señalando a la consejera que la recibe que se propone abandonar la formación en secretariado, que no le interesa. La consejera le sugiere que la termine para no desaprovechar el año, pero Laetitia no sigue su consejo.

Poco después Laetitia firma un contrato CIVIS, con el que se compromete a retomar un proyecto profesional que hubo de abandonar con anterioridad por no haber sido aceptada en ningún centro de formación: devenir puericultora. Las dos condiciones estipuladas en el contrato enuncian que se compromete a *ocuparse de su salud moral y a adoptar las acciones necesarias para entrar en un programa de formación continua o en alternancia*.

Pero la cosa no avanza. Su consejera, desbordada y casi escandalizada por la situación me dice que Laetitia no se toma en serio su proyecto. No trabaja los gestos y la retórica, no acude a las simulaciones de entrevistas y es incapaz de explicitar o declinar su proyecto, del cual se limita a decir lacónicamente que es el suyo. Además, su actitud es pasiva y desdeñosa. *Figúrate lo que me llegó a hacer el mes pasado: la consejera le había concertado una entrevista con un eventual empleador para un programa de formación en alternancia. Laetitia tenía que enviar el certificado de las prácticas que hizo el año pasado en una guardería, pero no llegó a hacerlo nunca. Con todo lo que yo la he apoyado y ella no hace ningún esfuerzo, no puede ser!*

La consejera desconfía de Laetitia. Cree que la joven sólo firmó el contrato para beneficiarse del subsidio, ya que no hace esfuerzos para llevar a cabo el proyecto. La consejera se toma las dificultades de la joven como algo personal (dirigidos a ella). Manifiestamente, no quiere o no puede aceptar que hay un núcleo de imposible en la problemática de Laetitia, y que este imposible no puede ser solucionado a base de imperativos o exhortaciones al esfuerzo y la reciprocidad. Veamos porqué.

Desde la primera entrevista que tiene conmigo Laetitia me habla de su madre, una mujer alcohólica que desde siempre ha maltratado, insultado y pegado a su hija. En efecto, desde niña Laetitia recuerda que su madre le decía *no sirves para nada, especie de puta o si no hubieras nacido no me habría divorciado y no habría caído en la bebida*.

La joven tiene congelado en su memoria el recuerdo de una escena en la que ella misma yacía al lado de su madre alcoholizada e inconsciente. *Asistía a su destrucción mientras me preguntaba: qué he hecho yo? Nacer, dice, para añadir no debería haber nacido.*

A lo largo de las entrevistas, Laetitia me explica el gran amor que siente por sus sobrinos pequeños, que se dedica a cuidar con abnegación. A este respecto, me comunica otra escena cuya imagen tiene grabada de forma indeleble: su madre, completamente alcoholizada, tenía a su sobrino bebé entre los brazos y se disponía a bajar unas escaleras, pero de repente pierde el equilibrio y cae. Laetitia, que ha anticipado el peligro, tiene tiempo de intervenir y recoger al bebé antes de que caiga.

Laetitia hace gala de una abnegación desproporcionada para con la gente que quiere, particularmente sus sobrinos. Su vocación, es ocuparse de los otros, empezando por los niños: por eso quiere ser puericultora, *desde siempre*, precisa.

Pero a medida que vamos conversando la verdadera posición subjetiva de Laetitia va emergiendo en sus palabras. En el fondo de su ser, y correlativamente a esta abnegación por los otros, Laetitia se considera indigna de vivir en este mundo: *no hay nada que hacer, dirá, yo no merezco ser amada.*

La abnegación desproporcionada hacia los otros permite a Laetitia sostenerse y recubrir la verdad de su ser en el mundo: la de ser un objeto rechazado por la madre, al cual está identificada, fijada. La abnegación le permite tratar la culpabilidad primordial mediante el sacrificio: en efecto, Laetitia puede consagrarse a hacer el bien a los demás, pero no a sí misma.

La terapia comportamentalista espontánea de sus interlocutores habituales, que buscan insertarla en la sociedad a cualquier precio, la confrontan al imposible de su relación al mundo, resumido en su postulado inquebrantable: *no debería haber nacido.*

Mi actitud consiste en apartarme de esa posición, encarnando un Otro no exigente. La apuesta es que una posición así más una escucha y un acompañamiento particularizados permitan a Laetitia una metabolización subjetiva del estrago materno y sostener su proyecto vital de restauración del amor a los niños hará tal vez posible que el sujeto logre crearse un lugar en el mundo.

En septiembre Laetitia encontró por fin un empleador que le permitió integrar un dispositivo de formación en alternancia: alterna una semana de formación con otra de prácticas en una guardería.

La posición de Laetitia era muy frágil. Yo aposté por sostener su misión en el mundo: amar y cuidar a los niños como forma de restauración del amor y cuidados que ella no tuvo.

Sobré todo, me cuidé muy mucho de exigirle cualquier cosa. Le manifestaba preocupación más que enfado cuando faltaba a una de sus citas conmigo. En ese sentido, el órdago que mantuve con la consejera fue potente.

El Otro primordial de Laetitia, su madre, la despreciaba, y Laetitia *se lo creyó*: “no debería haber nacido”, etc. Por tanto su solución de restauración del amor y el cuidado era una solución vital que había que sostener.